

Accésit

Jacinto Murillo Agrumanes

El buscador de huesos



No recordaba que de niño había sido un buscador de huesos.

Eran recuerdos antiguos, alojados en el doble fondo de su niñez. Igual que el recuerdo de cazador de mariposas. El más eficaz, el más delicado con las alas, reconocido así entre sus amigos. Y, por supuesto, de los mejores acechadores de lagartijas. También el más ducho localizando madrigueras de grillos. Sin contar que una vez pudo agarrar el premio de la cucaña y levantó la admiración del pueblo entero

congregado en la plaza. Esos aplausos y ese jolgorio se mantenían intactos en su retentiva.

Pero el fugaz recuerdo de los huesos le vino al atravesar la antigua casa familiar del pueblo. Allí había nacido y, aunque sus años de infancia y adolescencia no tenían más amarguras que las habituales para esas etapas, siempre había aspirado a salir de sus fronteras. La rutina opresiva de la vida en el pueblo siempre le empujó a anhelar la escapada. Lo consiguió cuando demostró que tenía maneras como estudiante. Se trasladó a la capital para estudiar el bachillerato y después consiguió el título de Magisterio. Hincó los codos a la primera oportunidad para opositar y sin cumplir los veinticuatro años ya trabajaba como profesor en un colegio público de un municipio del norte de Madrid, en San Sebastián de los Reyes.

Habían pasado los cuarenta años de su vida como maestro, igual que pasan alborotadas las páginas de un libro abierto en una tarde de ventisca. En su memoria se agolpaban las caras de los niños y niñas a los que había enseñado la tabla de multiplicar y los primeros versos de Lorca.

Tras la jubilación, durante los tres primeros años, permaneció en su casa de la ciudad. Se apuntó a un par de talleres en el centro cultural, trasnochó en esos años más que en los últimos diez y montó un club de lectura con algunos amigos y amigas, con una tertulia en una cafetería. Hasta se enamoró por unos días de una vecina. Se había casado, luego divorciado, y sus dos hijos ya casi andaban cercanos a los cuarenta años.

Vivía solo. Pero la soledad no había acechado en su contra hasta ese momento.

A punto de cumplir el cuarto año como jubilado entró en un estado de aletargamiento, parecido al que sufre el lagarto con los primeros rayos de la primavera. Tuvo miedo a ser raptado por el fantasma de la depresión y cabeceó como un caballo enloquecido para poder alejar de su mente esa sensación.

Entonces se acordó de su historia. La ciudad donde vivía únicamente le había permitido residir en sus calles, en sus edificios, en sus plazas, pero sin generar un vínculo verdadero, sin dejar huella en él, sin una pertenencia. La ciudad, con amabilidad, le había servido como el pasajero dormitorio de su vida familiar y profesional. La ciudad solo era una epidermis por donde desplazarse, pero le faltaba el músculo, el corazón. El corazón seguía en el lugar donde él había nacido. El pueblo. Llegó a esa conclusión de forma intuitiva, un arranque, un eureka, una corazonada que fue fraguando un cambio en su vida.

Por supuesto, en todos estos años, había viajado al pueblo en fechas señaladas: algún día de descanso, unas vacaciones de semana santa, una boda, un entierro. Pero eran viajes esporádicos, circunstanciales. Visitas casi de forastero.

*

La decisión pilló a todos con el paso cambiado. Sus hijos y amistades se sorprendieron cuando dio la noticia: He comprado la casa familiar y me marchó a vivir al pueblo. No sabía si finalmente quería saldar una deuda consigo mismo o le aterrorizaba la idea de morirse de aburrimiento o buscaba algún tipo de excusa nostálgica para dar ese salto al vacío. A lo desconocido.

Tenía el palpito de que descubriría ese porqué cuando ya estuviese viviendo en el pueblo.

*

Al entrar con su coche por las callejas de pavimento roto, se percató de que ese pueblo al que se mudaba a vivir ya no era el mismo pueblo del que se había marchado en su adolescencia. La carretera nacional que atravesaba como una arteria palpitante su centro, se había desplazado varios kilómetros. Sin escuela, sin centro de salud permanente, sin cuartel. El hotel y la gasolinera cerrados. La agricultura y la ganadería, que habían dado sentido a su existencia, subsistía de manera casi decorativa. Algunas pequeñas huertas convertidas en hobbies de viejos. Un par de burros

zamoranos en una parcela de un chalet adosado. Reliquias equinas del pasado. Unas pocas gallinas inquietas en un patio interior, con sus ojos saltones, que no sabían muy bien cuál era su función en este nuevo presente. Los habitantes de los pueblos sufrían de esta misma incertidumbre. Lo pensó al verlos caminar por sus plazas y cuadras: se parece a un andar sin destino.

Abrió la puerta de la casa y entonces rememoró los huesos. ¿Dónde estarán guardados?

*

Su renovada vivienda, que había levantado su bisabuelo en los primeros años del siglo pasado, conservaba sus muros robustos. Firmes. Como espaldas de hormigón. Sí se habían sustituido todas las ventanas, para mejorar el aislamiento de la vivienda, se había reforzado el envigado y se había modernizado la canalización del agua. También se había realizado una nueva instalación eléctrica. La casa era mucha casa para él solo, pero tenía la secreta ilusión de llenarla de amigos y de las familias de sus hijos y, claro, de sus futuros nietos. Aunque pasaban los años y no parecía que fuese esa una prioridad para ellos.

En su misma calle, dos casas a la derecha de la suya, vivía su tía política, Venancia, casada con el tío Aurelio, el hermano mayor de su madre Josefa. Era la única superviviente de todo el clan familiar. Ella se había aferrado a la casa como una rémora a un tiburón. Viuda desde hacía cincuenta años. Vestía con ropas oscuras y su pelo, todavía extenso, siempre estaba recogido en un moño blanquecino. Tenía 94 años y pasaba ya la mayor parte del día sentada en el sillón del salón, en simbiosis casi perfecta con su cuerpo. Tejía despacio y escuchaba los programas del televisor como la sucesión paciente de que la vida aún sigue. Vivía con ella una mujer contratada por sus hijas. La cuidadora, Karla, tendría como unos cuarenta años y había nacido en Honduras. Allí crecían sus hijos, sin apuros, gracias a su salario.

El mismo día que llegó al pueblo, fue a visitar a su tía. Le abrió la puerta Karla, de baja estatura y de gesto risueño. Entonces tuvo la sensación de que este viejo mundo se había dado la vuelta como un calcetín usado. Una pequeña mujer hondureña había llegado a nuestro país para cuidar a una anciana de un pueblo en pleno desmantelamiento. ¿Qué está pasando? Se sintió como un marciano en su propio pueblo.

Besó a su tía Venancia y sin sentarse en la silla de enea ya recibía como perdigonazos los lamentos, las nostalgias y las recriminaciones. También algún cariño y un plato con rosquillas caseras.

Pero alma cándida, a qué vienes al pueblo, si quedamos solo cuatro muertos haciendo ganchillo. Si estamos olvidados en mitad de este secarral. Aquí lo más que puedes encontrar son unos cuantos recuerdos tirados al hondo del pozo.

Pero tía, en la ciudad los muertos son más abundantes y llevan sus manos metidas en los bolsillos. Aburridos. No sé explicarlo, pero algo me impulsa a volver a la tierra donde nací.

*

La primera semana pasó fugaz. El tiempo se ajustaba sin espacios muertos. La casa necesita de una dedicación exclusiva para dejarla con las condiciones mínimas de habitabilidad. Pasó muchas horas limpiando, ordenando, lavando y, otras pocas, organizando la intendencia de ropa y alimentos.

El primer día realmente libre salió a pasear. Sus pies le guiaron con un mecanicismo involuntario y casi mágico hacia el antiguo cementerio. Miró su estructura rectangular desde lejos y de nuevo rememoró el tiempo de su infancia. La puerta enrejada estaba semiabierta y sobresalían los cipreses, también algunos álamos y robles, por encima de los muros.

Pensó: Esas tapias rezuman de mi esencia. Mi ser forma parte de su paisaje amurallado. En ellas me he raspado los nudillos, he meado contra su enfoscado y muchas veces he apoyado mi espalda para descansar y para dormir.

Porque una tapia puede ser un muro más o menos primigenio, más o menos alto, más o menos largo. Puede ser una construcción dentro de un conjunto arquitectónico, monumental, sobresaliente o un simple muro, solo, inexacto, medio derruido, rodeado de vegetación. Pero para él esa tapia era su tapia. La suya. Su lugar preferido. Su lugar de juegos y caza. Allí se concentraba la mayor fauna de lagartijas y grillos. También allí y en sus alrededores aparecían la mayor cantidad de huesecillos para su colección más particular y secreta.

Pero una tapia puede haber sido también el testigo mudo de un atropello, de un crimen, de una venganza.

Observó que en uno de los laterales de la tapia, el menos visible desde su posición, había una carpa adherida al enladrillado. Estaba fija al

suelo por unos vientos. Como esas que se colocan en los jardines para resguardarte del sol y tumbarte en una hamaca.

No distinguí a nadie y decidí marcharse a su casa.

*

1 de abril del 1939. En el pueblo, todavía en zona republicana, se confirma la noticia. La guerra ha finalizado y estamos en el lado de los vencidos. De los que eligieron equívocamente, dicen.

4 de mayo de 1939. Las delaciones, los silencios mal intencionados y los embustes se suceden. Los vecinos que temen por su vida esperan detrás de las puertas la sentencia de unos nudillos golpeando la madera. A estas alturas huir se complica. Una confesión por miedo o una mentira por venganza te puede conducir hasta el fondo de una fosa. O a una prisión durante muchos años. Empiezan las detenciones de aquellos que se han mantenido fieles al gobierno de la República. Jornaleros, algunos sindicalistas, otros solo simpatizantes o parientes de los primeros. Sixto, Esteban, Florencio, Guillermo, María, Paula, Pedro, Mauricio.

El cuartel de la Guardia Civil no da abasto. Se celebran tribunales militares sin garantías.

24 de mayo de 1939. Siete hombres son fusilados contra las tapias del cementerio viejo. No llega a amanecer y reverberan los disparos como fuegos artificiales. Vicenta, la mujer de Guillermo, se asoma al ventanuco desde el cuartelillo donde aún la retienen y siente un escalofrío. Tres de los hombres, desoyendo al mando falangista, han muerto con los puños en alto y gritando su último viva la república.

9 de junio de 1941. Vicenta pasa dos años en la cárcel de Ocaña, hasta que finalmente es absuelta de los delitos por el Auditor de Guerra. El día que sale de la cárcel la esperan sus cuatro hijos: Santiago, Cirila, Domingo y Venancia. La reciben en un abrazo interminable.

*

En otra de las visitas a la casa de su tía Venancia le preguntó por la carpa que habían montado junto al cementerio. ¿Qué están haciendo? Levantó la mirada del crucigrama de hilos.

Son los de la memoria, que buscan a los fusilados del pueblo.

Vaya. Pero ¿se les enterró tan cerca del cementerio? No sabía. Se decía que habían cavado fosas en otros lugares y que allí no había ningún muerto.

No. Eran cuentos. Habladurías. Cuanto más lejos menos culpa. Todos sabíamos que se les quedó pequeño el despeñadero.

¿Y nadie hablaba? A mí de niño nadie me quiso contar nada. Si en alguna conversación se nombraba la guerra o los fusilados o los presos, se llenaba la tarde de un silencio profundo. Y si insistía, me tapaban la boca.

Fueron tiempos para andarse con la boca cerrada y los pensamientos amarrados. Y duraron demasiado tiempo. Nos acostumbramos a callar.

Tía, a su madre también la detuvieron, ¿verdad?

Sí, el mismo día que a mi padre. Pero él murió fusilado. En el cementerio. Ella siempre decía que ojalá hubiese tenido esa misma suerte. Los dos años encarcelada quería morirse. Aunque al salir de la cárcel no tuvo más remedio que remontar, apretar los dientes, para sacarnos adelante. Eso la mantuvo viva, aunque siempre agriada, la pobre. ¿Sabías que el mismo día que mi madre salió libre de la cárcel yo cumplía 9 años?

No lo sabía. Era usted una niña. Y sin un padre. Y sin una madre durante esos años en prisión. Uf, me cuesta imaginarlo.

Venancia se mantuvo en silencio, en una especie de parloteo interior, quizás vivificando en su memoria el abrazo a Vicenta, a su madre. El abrazo interminable.

¿Y no cree que ahora, después de tantos años, no sería mejor dejar a los muertos en su sitio? Parece que este asunto levanta ampollas.

Hijo mío, yo no quiero meterme con nadie. Lo único que quiero es que me devuelvan los huesos de mi padre. Y poder decir tranquila que lo que sucedió fue una injusticia. Y que no lo repitamos.

*

Esa misma noche envió un wasap a Paco, compañero en su mismo colegio y muchos años jefe de estudios. Él participaba en una asociación que se dedicaba a la recuperación de la memoria histórica en el municipio de San Sebastián de los Reyes. Le contó lo de la carpa y la conversación con su tía Venancia. Paco le contestó que ojalá pudiesen localizar todos los huesos de los fusilados, para que las familias por fin descansasen, y se dejara constancia del crimen. Estaba muy de acuerdo con Venancia: recuperar la memoria nada tiene que ver con un acto vengativo, son acciones de justicia reparadora, dijo.

*

Durante las caminatas diarias, repetidamente, terminaba pasando por el cementerio. Se había convertido en su imán inconfesable. La carpa seguía allí plantada como un hongo, pero no parecía que hubiese ninguna actividad. Todo parado.

En cambio, sí distinguía durante esos paseos, como cuando chaval, el rítmico estridular de los ocultos grillos. Distinto del de las chicharras, o el de los saltamontes. También la lagartija colilarga, apostada en los huecos de los muretes, que, a la más mínima alarma, buscaba cobijo. Entonces él se imaginaba siendo un niño y se arrancaba para intentar cazarla. Infructuosamente, por supuesto.

Hasta que un día observó de lejos un vehículo aparcado junto a la tapia y a varios operarios en los alrededores de la carpa. Se acercó a curiosear. Los hombres marcaban el terreno y clavaban en el suelo unas astas de madera con indicativos. Luego supo que eran expertos en arqueología y en medicina forense, y que en ese lugar había varias fosas con fusilados de la guerra civil.

Después de saludarlos y presentarse, le contaron que para poder hacer estas excavaciones se necesitaban muchos permisos. Por eso la tardanza. Además, los familiares directos de los fusilados tienen que consentir las exhumaciones; por lo general deben de ser los impulsores. Faltaba solo la licencia del Ayuntamiento para trabajar en esos terrenos y ya por fin la habían conseguido.

Él, por su parte, les contó que uno de los fusilados en estas tapias podría ser un tío abuelo suyo (entonces pensó que seguramente su tía, junto con sus hijas, serían promotoras y firmantes de la solicitud para realizar los trabajos de excavación, para localizar al padre y abuelo de ellas). A mí me pusieron su mismo nombre, les confesó. Esos homenajes a los muertos antes eran muy habituales. También que jugaba de niño por todos estos parajes. Pero no contó que había algunos días en que él rebuscaba por el campo para llenar sus bolsillos de huesecillos. Huesecillos de bichos muertos.

Le daba mucho apuro contarles eso. Notaba como si por entonces, sin él saberlo, hubiese cometido un terrible sacrilegio. Era una confesión que quería ahorrarse.

*

Anatomía de una mano. Los huesos esparcidos al pie de las retamas. Las falanges separadas como pequeñas perlas blancas. Como cuentas de un collar. Como nácar sobre una playa. Cada dedo tres falanges, la distal, la

media, la proximal, salvo el pulgar. Catorce huesos confundidos entre los guijarros. Luego los cinco huesos metacarpianos. Lapiceros que escriben la verdad de todos los muertos de este mundo. Y al final el gran tesoro desparramado por el campo, las semillas de la muñeca, la inteligente articulación que hace de la mano un casi cerebro perfecto y dotado: trapecio, trapezoide, grande, gancho, pisiforme, piramidal, semilunar, escafoides. Canicas blancas en los bolsillos. Tabas lanzadas al aire sin saber que proceden de un rincón humano. Nudillos desecados llenando el bote secreto de los juegos. Anatomía de una mano infantil, lúdica e inocente, recopilando la anatomía de un esqueleto diseminado entre el piorno y la jara.

*

Pasaron los meses y las semanas en una especie de nebulosa confusa del tiempo. Pero, al comenzar el mes septiembre, enseguida supo que era ese mes y no otro. Esa certeza llega como una intuición particular, propia de todos aquellos que se han dedicado a la enseñanza en este país. En ese mes se concentran los recuerdos de las caritas infantiles al comenzar los cursos y los listados de nombres junto al presente cantarín: Luis, presente, Julio, presente, Rosa, presente, Antonio, presente, Marisol, presente.

Él mantenía los paseos. Los trabajos de excavación en el cementerio estaban muy avanzados y habían localizado ya a un total de diez hombres. Siete en una de las zanjas, la más pegada a la tapia del cementerio. Ahora tocaba cotejar las muestras del material genético de los familiares con los restos encontrados y así dar nombre y apellidos a cada osamenta.

Se paraba a veces a charlar con ellos. Muchos de los días también estaban presentes durante los trabajos de excavación algunos de los familiares, portando las fotografías de un padre, un hermano, una hermana desaparecidos.

Ese día de septiembre parecía que estaban ya de recogida del material. La carpa se mantenía en pie. El coordinador le explicó que los trabajos estaban en su última fase y que en una semana se marcharían definitivamente. Ahora tocaba la fase de la investigación y el estudio en el laboratorio de los esqueletos. Y le señaló, como una curiosidad, que a algunos de los cuerpos encontrados les faltaba una mano, normalmente la diestra. Que dentro de las zanjas no estaban esas manos. No encontraban una explicación.

*

Cuerpos mutilados. Cadáveres mancos. Manos extraviadas de sus cuerpos. Manos huérfanas.

*

Esa misma tarde se pasó en una visita de cortesía por la casa de su tía Venancia. También porque no le dejaba de rondar por su pensamiento la imagen de los cuerpos sin manos. Le abrió Karla, la cuidadora hondureña. Se sentó junto a su tía y, mientras se comía unas rosquillas, le contó la conversación con el coordinador. Su tía ya sabía que habían localizado a bastantes de los fusilados y tenía la corazonada de que pudiese estar entre ellos su padre. Y darle descanso y descansar ella, y descansar toda la familia.

Dicen que a algunos de los esqueletos les faltan las manos. Y no se explican la razón.

Tía Venancia frunció los labios y el ganchillo se descabalgó de sus dedos. Va a ser verdad, interpeló al aire.

¿Verdad? ¿A qué se refiere?

Lo que han contado siempre de ese día en que los fusilaron. Yo lo tomé por un invento. Por una exageración. Por un acto de venganza por parte de los vencedores; pero también como un acto de valentía por parte de los ajusticiados. Al final va a ser cierto.

Pero por qué yo nunca supe nada de todo esto. Pertenece a esta familia y todo estaba lleno de secretos.

De la guerra y de lo que vino después casi ni se nombraba. Cuando naciste ya nos habíamos acostumbrado a callarlo todo. A chistar si había preguntas. Como si no hubiese existido ese tiempo. Y tú eras bien chico.

Bueno tía, ¿y qué es lo que contaban?

Pues que el jefe del destacamento que dirigía los fusilamientos dio órdenes de cortar de un machetazo las manos de aquellos que hubiesen levantado su puño en alto en el momento de los disparos. A aquellos que despidieron la vida de esa manera valiente se les cercenó las manos.

¿Cómo? ¡Qué brutalidad! ¿Y qué hicieron con ellas?

Pues no sé, hijo, las tirarían por el campo. Digo yo.

*

Revolvió toda la casa. Armarios, alacenas, maleteros, cajoneras. Subió a todas las habitaciones y buscó dentro de las cómodas, en los altillos, debajo de las camas. En realidad, no recordaba si lo habría escondido en algún lugar de la casa. Quería creer que sí. ¿Dónde si no? Salió al patio exterior.

Junto a la embocadura del pozo se había construido un trastero. Antiguamente fue una casucha donde se cocinaba. Consiguió abrir la puerta a empellones. Hacía años que la puerta se mantenía cerrada. Dentro se concentraban todos los enseres y utensilios típicos del campo, que podrían exponerse en un museo de mundo rural. Aparejos de montar, ganchos de hierro, hoces, azadas, balanzas, una tabla trilladora. Y estanterías de aluminio repletas de cajas con herramientas y botes con tornillos, con clavos, con tuercas, con puntas. Botijos y cerámicas. Rebuscó por todos los estantes y, por fin, detrás de unos enormes botes vacíos, lo localizó. Un antiguo tarro de cristal, con una tapa metálica, donde había impreso lo que parecía un trébol verde, pero de seis hojas. El típico tarro de cocina. Lleno de huesecillos.

*

Al día siguiente se marchó temprano en dirección al cementerio. Todavía la noche resistía agazapada en las cornisas. Se percató a los lejos de que la carpa ya había sido recogida, como la bandera de un ejército en retirada, y tuvo el temor de que quizás finalizaron los últimos trabajos antes incluso de lo previsto y que igual ya no pasarían por allí. Había algunos contenedores pequeños y poca cosa más.

Se sacó de la espalda una mochila. Se sentó sobre un poyete de granito, junto a la tapia. Miró el amanecer. Colocó la mochila sobre sus piernas. No sabía qué hacer. Notaba las formas redondeadas del bote. Empezaron a pasar los minutos, la primera media hora, ya el sol se cernía sobre sus hombros, la hora de espera, nadie aparecía, ya casi una hora y media, solo el pido de los milanos reales. Dos horas.

¿Qué hacer?

Se levantó y abrió la mochila. Sacó el bote de cristal repleto de huesos como canicas, blanquísimas, piedras de canto de una playa. Miró la extensión de campo que se abría frente a él. Quizás tendrían que volver al sitio de donde salieron, pensó. A la tierra.

Hola... Hola, Guillermo, muy buenas. ¿Ya está por aquí? ¿Tan pronto?

El coordinador de la excavación le había nombrado y también dijo en alto el nombre de su tío. Sintió el escalofrío de ser él y también un muerto. Un muerto demediado. Había llegado el coche hasta el cementerio y no había escuchado nada. Ni el motor, ni el raspado de los neumáticos, ni las puertas del vehículo. Guillermo estaba tan ensimismado en sus cavilaciones, que no había visto como aparcaban. Se acercó sin demora, sin

preámbulos, al coordinador. Puso el bote a la altura de su pecho y se lo mostró. La voz temblaba.

Ya sé la razón por la que tenía que venir al pueblo: tenía pendiente una misión.

Soltó la frase sin mediar ninguna explicación. El coordinador puso un gesto de incertidumbre, de no comprender.

Tome, y, por favor, no me pregunte.

Tras un brevísimo suspiro, Guillermo sentenció: Aquí están las manos que faltan.

J. Altazor